Santo, Santo, Santo

Catequesis sobre la Eucaristía

INPAS
Instituto Pastoral Apóstol Santiago

6

SANTO, SANTO, SANTO…

Lo propio de la oración de bendición, es que nos lleve a poner la mirada en la grandeza de Dios. Así le sucede al Profeta Isaías en la experiencia mística en la que recibe su misión (Isaías 6, 1-13). Así le sucede también al vidente del Apocalipsis que es testigo de la gloria de Dios (Apocalipsis 9-17).

Ambos ven a Dios sentado en su trono, llenándolo todo con su presencia esplendorosa. Hacia Él sube el incienso que muestra y esconde la gloria de Dios. Allí se sienten los cantos de los serafines que hacen temblar el templo con la potencia de su voz. A ellos se une la voz de esa muchedumbre incontable "de toda raza, lengua y nación". Todos de pie ante el trono y ante el Cordero, cantan cantos de victoria.

Así también nosotros que celebramos la Liturgia del Domingo, al entonar nuestra gran bendición, elevamos la mirada para contemplar la belleza y la grandeza de nuestro Dios. Por un momento, atravesamos el umbral de esta vida para empinarnos a ver la gloria del Señor, donde Reina nuestro Dios en plenitud. No tenemos nada que pedir. Sólo queremos llenarnos la mirada de la hermosura de Dios y el corazón de su presencia encantadora.

"Santo, Santo, Santo es el Señor del Universo, llenos están el cielo y la tierra de su gloria", cantan los serafines e Isaías capta en un instante la grandeza de Dios y su infinita pequeñez. Y ante la Majestad de Dios, este hombre siente a lo vivo su pecado: "ay de mi, perdido estoy, siendo yo un hombre de labios impuros… he visto con mis ojos al Rey, al Señor".

"Santo, Santo, Santo" canta la Iglesia en la tierra. Pero, por la experiencia que hemos tenido de la Encarnación de nuestro Dios, agregamos esa hermosa frase que cantaban los niños hebreos en Jerusalén: "Bendito el que viene en Nombre del Señor, hosanna en el cielo".

Tres veces decimos "Santo" porque el número tres indica "totalidad", quizá porque son tres las dimensiones del tiempo: pasado, presente y futuro. Decir "tres" equivale a decir "siempre". Así, los tres hijos de Noé representan a la totalidad de sus descendientes (Génesis 6, 10). Las tres veces que Pedro negó a Jesús simbolizan todas las veces que Pedro le fue infiel (Mateo 26, 34). Y a Dios en el Antiguo Testamento se le llama "el tres veces Santo", es decir, el que tiene toda la santidad" (Isaías 6, 3).

Todo el que vislumbra la gloria del Señor, se llena de amor y de temor, porque es tremendo y fascinante intuir a nuestro Dios. Así le sucede a Moisés en la zarza ardiente y en lo alto del monte cuando pasa Dios ante sus ojos y sólo lo puede ver de espaldas "porque no se puede ver a Dios y vivir".

Así le pasa a San Pedro luego de la primera pesca milagrosa. Ante la revelación del poder de Jesús, se siente muy pequeño y espontáneamente exclama "apártate de mi Señor, que soy un pobre pecador" (Lc 5, 8). Lo mismo le sucedía a Santiago y Juan… porque Pedro y sus compañeros "habían quedado pasmados al ver la redada de peces que habían cogido".

Es tan distinto, tan alto, tan grande, tan "otro" nuestro Dios que hemos inventado una palabra para expresar esa experiencia. Por eso le decimos Santo, por nombre y sobrenombre. Y quizá lo más hermoso, es que el Señor Dios no se queda contemplando su gloria. No tiene nada de ególatra ni de necesitado de nuestra alabanzas.

Por eso a Isaías que expresa su temor, lo hace su profeta. Y a Pedro que expresa su estupor lo hace su apóstol. Y a la muchedumbre incontable que canta su alabanza se dedica a enjugarle las lágrimas de los ojos, para que no halla ningún sufrimiento ni lamento que nos pueda separar de su amor.

Santo es nuestro Dios y santos nosotros gracias a su amor. Grande es nuestro Dios y grandes nosotros en medio de nuestra debilidad. Él merece la alabanza y la bendición, ahora y por siempre. Amén. Amén.

Sugerencias:

1. Canto: Cantar el Santo más hermoso de nuestro repertorio.

2. En el silencio después de la comunión, rezar juntos las letanías de la bendición con el Santísimo: "Bendito sea Dios… bendito sea su Santo nombre"… O simplemente entonar como canto de comunión el "Cántico de los tres Jóvenes".